

EL TIEMPO SE PIERDE SI NO SE RECUERDA

Hoy no tengo prisa. Miro por la ventana con nostalgia como camina la gente apurada por llegar lo antes posible a su destino, como pasan los coches al límite de la velocidad permitida, como hasta el clima cambia cada vez más deprisa y yo... yo sin prisas. El cristal helado, se llena del vaho que suelta mi aliento. Me retiro un poco y me entran ganas de pintar esos corazones que dibujábamos con el dedo, pero ya esa chispa de la juventud, se ha perdido. Sólo me queda contemplar el paso del tiempo, pensar cómo se vive ahora y recordar como lo vivimos. Los buenos recuerdos que me llegan a la memoria, son los mejores momentos que me da el instante en el que vivo y es una pena que cada día que pasa, estén más borrosos, más cortados, como las fotos antiguas que pierden color y se ven amarillentas.

Hoy es un día especial. Tenemos la visita de nuestros hijos. No sabemos quién vendrá, será una sorpresa como la de los últimos años por estas fechas. No sabemos si Carlitos vendrá con su mujer o se han vuelto a enfadar o ya ni se enfadan porque se han separado, no sabemos si las hijas de Ismael, nuestras nietas Paula y Serena se unirán a la comida o les parecerá un aburrimiento pasar la tarde con los abuelos, tampoco sabemos si Cristina, nuestra hija pequeña, vendrá con algún amigo o como casi todos los años, con una amiga. La verdad es que ya nos da igual, ya no preguntamos, esperamos que sea sorpresa y cuando vengan, lo veremos. Lo único que nos importa es que tengan salud y podamos seguir viéndolos, aunque sea en ocasiones muy contadas, pero que al menos no se pierda esta tradición, que es de lo poco que nos queda para que nos podamos llamar familia.

A mi edad, casi todos ya entendemos a qué prestar nuestra paciencia, con quién pasar el tiempo, de qué preocuparnos y algunos, también aprenden a cuidarse. Yo tengo muy claro a qué dedicar mi paciencia, ya no tengo apenas amigos y mi preocupación y mi cuidado, se los lleva mi amor.

Empezamos a salir un día como hoy hace ya sesenta y cinco años. No se me puede olvidar. Nuestras familias tenían costumbre de ir a misa el día de Navidad y nosotros nos sentamos en un banco detrás de la Iglesia de Santa María de nuestro pueblo al finalizar la misa. No parábamos de hablar y reír, pero hubo un momento en el que nos quedamos callados, me agarró la mano, nos miramos y no pudimos evitar unirnos en un beso rápido pero repleto de amor. Aquel día me dijo, “Quiero que seas la persona con la que pase toda mi vida, no puedo estar ni un minuto sin ti”. Al poco tiempo nos casamos y hasta ahora, no nos hemos separado nunca. Un día Carlitos me preguntó: - ¿Cuántas veces has dormido sin mamá? Me puse a pensar y le dije: - Nunca, desde que nos casamos, nunca hemos dormido el uno sin el otro. Todos se reían, parecía que había contado una broma, pero era la realidad, para mi mujer y para mí, era lo normal.

El destino ha hecho que se cumpliera su deseo, ya no podemos separarnos hasta que uno de nosotros falte y ella no pueda estar sin mí ni un minuto. Le faltó pedir, que pasáramos toda la vida como estábamos hace sesenta y cinco años, quien sabe, a lo mejor también se hubiera cumplido, pero no, no ha podido ser así. Carmen padece de una de las enfermedades más crueles que existen y que se ha llevado su esencia, tiene alzhéimer y ahora depende de mí. Ha perdido la identidad y la memoria de toda una vida. Nadie sabe lo que pasa por su cabeza, qué recuerdos le quedan o qué piensa cuando la hablo, pero lo importante es que estamos juntos. Vive en un presente donde las cosas desaparecen, las explicaciones se olvidan y las conversaciones carecen de sentido, donde el amor es la única alternativa.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, Carmen empezaba a preparar la Navidad desde mediados de noviembre. Compraba polvorones y turrónes que ponía en una bandeja sobre la encimera de la cocina y al poco tiempo, como por arte de magia, desaparecían. Nos animaba a todos, colocaba las guirnaldas por toda la casa, decoraba con espumillón los cuadros y de las lámparas, colgaba algunas imágenes con motivos navideños. En el puente de diciembre, ponía en el salón el árbol de navidad que había pasado todo el año plegado sobre el armario del dormitorio de los chicos. Lo decorábamos todos en familia, como si de un ritual se tratara. Cada uno sabía lo que tenía que poner y el orden en el que iba, para

que aquel árbol fuera el más bonito del mundo. En lo más alto del árbol, siempre estaba la estrella que había puesto Cristina subiéndose sobre mis hombros. Todos aplaudíamos cuando la ponía, como colofón a un trabajo que habíamos hecho en equipo, algo que nos unía y nos hacía sentir una familia. Cuando empezaron a vender las luces multicolor, me encargaba de ponerlas en el balcón para que todos supieran que en nuestra casa se celebraba la Navidad. En una esquina del recibidor, poníamos el portal. Todos los años le añadíamos alguna figura nueva que comprábamos en la Plaza Mayor y siempre era distinto al anterior. Unos años hacíamos el nacimiento de cartón, otros de corcho, pero como más nos gustaba era con unas ramas que cerrábamos con una pequeña teja de barro. Lo primero que hacía Carlitos cuando se levantaba el día de Navidad, era poner el niño Jesús en el portal. Cuando íbamos a misa, lo envolvía en una colchita emborregada, se lo metía dentro del bolsillo de su abrigo y se lo llevaba al cura para que lo bendijera. A la vuelta, lo volvía a poner con todo el cuidado del mundo en su cuna del portal y nos quedábamos embelesados mirándolo todos juntos.

Este año he puesto el árbol como he podido y del portal sólo he colocado el nacimiento. Bueno, sólo está San José y la Virgen María. Seguro que Carlitos se acuerda y cuando venga, pondrá el niño Jesús y Cristina, pondrá la estrella en lo alto del árbol. Sólo por eso, habrá merecido la pena haberlo hecho.

Ya casi es medio día, acerqué a Carmen en su silla de ruedas a la ventana para que pudiera ver si alguno de nuestros hijos llega. Le dije:

- Carmen, hoy vienen nuestros niños! Vas a ver qué contentos se ponen cuando te vean.

Ella sin inmutarse, con la mirada perdida en el infinito y con un gesto que transmitía paz y dulzura.

Al instante, aparcó un coche en la puerta de casa. De él se bajaron nuestros tres hijos. Venían sin compañía.

- Mira Carmen, ¡ya están aquí! ¡Vamos a recibirlos! Le dije con ánimo.

Por sorpresa, noté como me cogió la mano que tenía apoyada sobre su hombro, se la acercó a sus labios y me la besó. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, los brazos se me pusieron con la piel de gallina y sentí como las piernas me flaqueaban. Hacía mucho tiempo que no reaccionaba a nada y que hiciera una mueca, aunque fuera pequeña, era sorprendente. Este beso me recordó al primer beso que nos dimos. Corto, pero con mucho amor. Lo entendí como un gesto de cariño y felicidad por haber conseguido mantener la familia unida, aunque sólo fuera por un día al año. Ese día para nosotros era especial y pasase lo que pasase, siempre habíamos mantenido la tradición. Ella estaba contenta porque había visto llegar a sus hijos el día de Navidad.

Fui a recibirlos y cuando entramos en el salón, ya se había ido. Allí estaba, en su silla de ruedas, con los ojos cerrados en un semblante sereno, tranquilo, con el no podría morir nadie con maldad. Había esperado a saber que sus hijos estaban bien, que habían ido ese día tan especial y que íbamos a estar todos para despedirla.

Siempre la recordaremos como la mujer que nos enseñó a vivir en familia la Navidad.

LA LECHERA ROSA

“Dedicado a todas las personas mayores que viven en soledad la Navidad”